

EL PAPEL DE LA TEOLOGÍA EN LA IDENTIDAD Y MISIÓN DE UNA UNIVERSIDAD JESUITA

MANUEL REUS CANALS¹

Fecha de recepción: febrero de 2016

Fecha de aceptación y versión definitiva: abril de 2016

RESUMEN: El papel de la teología dentro de las universidades jesuitas se ha ido configurando dentro de la evolución histórica y sociocultural que ha sufrido este apostolado de la Compañía de Jesús. Hoy incide en la identidad y misión de estas plataformas apostólicas dentro de un contexto de secularización y en consonancia con la misión de la Compañía hoy.

PALABRAS CLAVE: Teología, Universidad jesuita, Identidad y Misión, Ministerios jesuitas.

The role of Theology in the identity and mission of a jesuit university

SUMMARY: The role of Theology in Jesuit universities has been shaped within the historical and cultural evolution of the university apostolate carried out by the Society of Jesus. Today, its effect on the identity and mission of these apostolic platforms takes places in a context of secularization and in line with the mission of the Society today.

KEY WORDS: Theology, Jesuit university, Identity and Mission, Jesuit ministries.

INTRODUCCIÓN

La teología ya no posee el papel central en una universidad. Ni lo tiene ni lo debe tener. En primer lugar por la función que desarrolla la reflexión teológica en el mundo intelectual y cultural, ya no es lo que era. En segundo lugar porque la institución universitaria en Occidente está muy

¹ Profesor de Teología. Universidad de Deusto. Correo electrónico: reus@deusto.es.

secularizada. Está sin referencias religiosas por su propia autonomía, pero también porque los niveles de secularización son especialmente intensos en el ámbito intelectual (sobre todo en las especialidades de humanidades) y en el mundo juvenil, especialmente en las edades entre 18-38 años. Coge de lleno la edad de los universitarios.

Vamos abordar en este artículo el papel de la teología en la universidad jesuita. Lo que ha sido en la historia, y permanece como estructural en el presente. Pero también los cambios históricos que se han dado y afectan a su configuración en la actualidad. Abordaremos la situación actual desde la reflexión y aportación desarrollada por el P. Kolvenbach, superior general de los jesuitas durante 25 años, en la transición entre el siglo XX y el siglo XXI. Pero siendo además un intelectual y universitario dentro de la orden con responsabilidades de gobierno. Intentaremos apuntar los desafíos contemporáneos al papel de la teología en una universidad jesuita.

Pero como inicio indico un comentario breve al papel de la teología en el mundo universitario en general.

El papel de la universidad hoy, así como su identidad, está siendo cuestionado. En Occidente además surge con fuerza el debate sobre la religión y la teología en una sociedad secularizada. Y en el ámbito jesuítico ha surgido el realce de la dimensión apostólica de nuestras universidades, porque quedaba desfigurada su razón de ser en el presente y futuro próximo.

Para los que conocen la historia de la universidad está de sobra afirmar que la teología era el centro y el culmen de las ciencias universitarias. Pero esto pertenece a un pasado ya lejano. Luego en Occidente el lugar de la teología dentro de la universidad ha variado según áreas culturales. Hay una gran pluralidad de situaciones, desde países donde sigue teniendo su lugar en las universidades públicas, a otras zonas donde la teología únicamente se cultiva en las universidades privadas explícitamente cristianas. Pasando por una variada gama de situaciones.

Siguiendo las aportaciones de David Tracy, que ha reflexionado sobre el carácter público de la teología, hay que recordar que Tracy apuntaba a la Academia, la Iglesia y la Sociedad como los tres lugares hacia dónde debía dirigirse la acción teológica². Por lo tanto la teología tiene un papel en la universidad también en nuestro presente.

Lo primero que debe justificar hoy la presencia de la teología en la universidad es su carácter «científico». La teología se comprende a sí misma como una ciencia sobre Dios. Su objeto es la realidad de Dios, en la

² TRACY, D., *The Analogical Imagination. Christian theology and the culture of pluralism*, New York 1981.

medida en que se revela. Su método es «*fides quaerens intellectum*», la fe que busca comprender o la razón iluminada por la fe.

Esta definición nos presenta los desafíos de si Dios no es parte de la realidad inteligible, tangible, medible, visible, entonces, ¿cómo puede Dios ser el sujeto y el objeto de una ciencia? Por otra parte, la teología presupone la fe: ¿Cómo puede seguir siendo una ciencia que pretende buscar el conocimiento «imparcial»? ¿Cómo el saber de la fe se relaciona con el conocimiento científico? Junto a estos desafíos surgen las cuestiones sobre qué es «razonable», lo que es «racional» y qué es «ciencia». No debemos olvidar que se trata de conceptos históricos.

Dentro del mundo plural que constituyen hoy las ciencias, hay quien cuestiona la cientificidad de las humanidades. Es un debate abierto. La reducción de la racionalidad y la ciencia a las ciencias positivas y al conocimiento verificable no es más que una reducción de la capacidad de la razón humana y del conocimiento como tal.

La teología dentro de su papel en la universidad desarrolla una importante acción en la reflexión interdisciplinar. De por sí esta contribución es ya muy importante. La teología no busca privilegios, sino un espacio de libertad donde pueda ejercer su propia racionalidad desde la conciencia de que eso pertenece y enriquece al ser humano, le hace más hombre, más libre, más verdadero. Pero permanece la cuestión de si la teología tiene también una contribución especial que hacer a la universidad en su conjunto. La teología de hecho puede contribuir a la identidad de la universidad. En su *Idea de una Universidad*³ John Henry Newman argumentó que la teología es «una rama del conocimiento», que merece un lugar en la universidad, ya que universidad significa que es «un lugar de instrucción donde se profesa el conocimiento universal». Presenta la teología a un Dios del exceso y la gratuidad, un Dios para pensar y para preguntar, para que el hombre piense a fondo y de forma radical.

Al mismo tiempo, la teología puede contribuir a la búsqueda de la integridad científica. Tanto los científicos como los estudiantes deben estar comprometidos con la integridad científica como base y condición de una cultura académica auténtica. La integridad académica, sin embargo, no sólo es garantizada por los códigos y reglamentos, sino también por las actitudes morales como la honestidad, la humildad, la apertura a la crítica y la moderación de la ambición. Con respecto a estas actitudes, la «doctrina de las virtudes» clásica en la tradición cristiana tiene mucho que aportar. La buena ciencia presupone un sentido moral del científico y esto está a

³ NEWMAN, J.H., *The idea of a university defined and illustrated*. Breinigsville 2009.

menudo, pero por supuesto no necesariamente siempre, asociado con la religión.

La teología nos recuerda también que la búsqueda de «conocimiento» científico no debe excluir la búsqueda de la «verdad», y aún más la cuestión de cómo interactúan la verdad, la bondad y la belleza. Ya estamos de vuelta de la banalidad de desterrar la verdad de la universidad. Cuando estas preguntas están prohibidas en la academia sobre la base de los llamados criterios científicos objetivos, entonces, tanto la academia y la ciencia no están cumpliendo su misión esencial y pierden relevancia social. Una universidad, inspirada en la tradición católica, no debería tener tabúes: nada está excluido como posible objeto de reflexión y de investigación, en especial las cuestiones que nos preocupan profundamente como seres humanos. Aunque la teología no es, obviamente, la única ciencia que se interesa por la cuestión de la «verdad», está preocupada por la cuestión del «significado» de la vida: por ejemplo, ¿De dónde venimos? ¿Qué debemos hacer? ¿Dónde está nuestro destino final? Verdad, significado, sentido, plenitud de la vida son cuestiones entrelazadas que la teología puede ayudar a esclarecer, de modo interdisciplinar.

La universidad proporciona a la teología el desarrollo de su propio logos. La teología comparte con otras ciencias el esfuerzo por el logos: la palabra, la racionalidad, el concepto, el sentido, la significación⁴. Este reto es muy serio en España en que la teología necesita ser rigurosamente científica. La teología, fundada en la revelación y en la fe, es una actividad que requiere el ejercicio crítico del logos.

ORÍGENES JESUÍTICOS: TEOLOGÍA Y UNIVERSIDAD

Nos basamos en las investigaciones de John O'Malley SJ y otros para rastrear la historia de los ministerios de los jesuitas. Los jesuitas se definían principalmente por los ministerios que hacían en el siglo XVI, no por la teología, doctrina, organización, liderazgo o política⁵. Ayudaban a las almas con sus ministerios. Sus ministerios y el modo de realizarlos eran la quintaesencia de la autocomprensión de los jesuitas. Los jesuitas querían ayudar a la persona a conseguir una relación siempre mejor con Dios. Buscaban ser mediadores de una experiencia inmediata de Dios que les conduciría a un cambio interior de corazón o a profundizar el sentido

⁴ CORDOVILLA, A., *En defensa de la teología*, Salamanca 2014. pp. 55-75.

⁵ O'MALLEY, J.W., *Los primeros jesuitas*, Bilbao 1995. pp. 36-39.

religioso ya existente. Su paradigma para confiar vida y voluntad al cuidado de Dios, fue la conversión de San Ignacio y, más inmediatamente, el cambio de corazón que presumiblemente ellos habían experimentado por medio de los Ejercicios Espirituales. Su ministerio era de consolación, tal como lo entienden los Ejercicios Espirituales, un movimiento del corazón que venía de Dios y los acercaba más a Dios. Serán predicadores itinerantes. Su ministerio de consolación interior sufrió los ataques de los defensores de la ortodoxia confesional.

Los Ejercicios no pretendían transmitir un punto de vista teológico especial. El texto tuvo su origen en una experiencia religiosa: primero del autor y luego de otros. Sus elementos básicos estaban ya bien cimentados antes de que el autor tuviera una formación teológica. No es un libro de dogma, sino un libro dogmático, asume que su mensaje fundamental es la herencia cristiana común y que éste mensaje, por consiguiente, es indiscutible. Lo que se necesitaba era una apropiación personal, un apropiarse el mensaje de todo corazón y luego traducirlo a la propia vida⁶. La inmediata acción de Dios en el individuo es la premisa fundamental de los Ejercicios. Las dificultades con los Ejercicios venían en la confianza demasiado exclusiva en la inspiración interior, justo como los alumbrados.

De entre los diferentes programas de los ministerios de la antigua Compañía el primero consistía en los ministerios a los que se aludía en la Fórmula del Instituto, el segundo los Ejercicios completos, y el tercero son los colegios. El primer programa eran los ministerios de la palabra, de los sacramentos y de las obras de misericordia, los llamados *consueta ministeria*⁷. Los jesuitas eran ante todo ministros de la palabra, ellos se comprendían a sí mismo de esta manera. El estudio directo de la biblia era necesario para el ministerio de la palabra. Palabra de Dios dirigida al interior de uno mismo. Este ministerio se basaba en la unión, familiaridad, del ministro con Dios en la oración y en realidades semejantes, que le convertían en instrumento de la gracia divina en las manos de Dios. La naturaleza y la gracia funcionaban de alguna manera juntas, los dones naturales y adquiridos entran en conjunción con las fuerzas sobrenaturales, para tocar el corazón. Esta convicción impregna todas las Constituciones de la Compañía de Jesús.

Dentro de los ministerios de la Palabra estaban las lecciones sacras, fuera de la universidad. Entre las lecciones sacras destaca la carta a los Romanos. Salmerón dice que contiene las verdades básicas de la doctrina

⁶ O'MALLEY, J.W., *o.c.*, pp. 61-62.

⁷ O'MALLEY, J.W., *o.c.*, pp. 113-133.

cristiana y los principios de nuestra fe. En esta Epístola queda aplastada la soberbia humana, que piensa que merecemos algún mérito, mientras que la gracia de Cristo es ensalzada, de modo que toda la gloria debe ser atribuida a Dios. Por su parte, Nadal funda lo esencial del mensaje paulino en la inhabitación del Espíritu Santo en los corazones de los fieles. Entiende que el principio de justificación y su suficiencia vienen de Dios a través de Cristo, que es lo que profesamos por nuestra fe, el principio y raíz de toda justificación⁸.

El segundo programa de ministerios consistía en los Ejercicios, no eran un ministerio más, proporcionaban el plan para un proyecto básico o para una acción, que los jesuitas pretendían convertir en operativo en todo lo que hicieran: acción que en primera instancia implicaba el volverse a Dios de una manera nueva y más profunda, que traía consigo un proceso de crecimiento espiritual y un reconocimiento creciente de la actividad de Dios en todos los acontecimientos del mundo. Dentro del tercer programa de ministerios, el ministerio de los colegios, los jesuitas compartían con los humanistas el que los colegios se dirigían a la *pietas*, al desarrollo del carácter.

Para los jesuitas admitir este último ministerio de los colegios suponía un reajuste en la manera de comprenderse a sí mismos y un apartarse de su más evangélica y carismática orientación hacia un compromiso institucional que les invitaba y aun les forzaba a tratar de temas culturales más amplios⁹.

Ignacio de Loyola no sólo fue un universitario formado en una de las mejores Universidades de su tiempo, la de París, sino también un organizador del apostolado intelectual por medio de Colegios y Universidades, y a esto dedicó la IV Parte de las Constituciones de la Compañía de Jesús. Formar al hombre moderno en virtud y letras fue el ideal del Renacimiento y del Humanismo, de Erasmo y de Ignacio de Loyola. Colegios y Universidades fueron sin duda la creación ignaciana más nueva, más moderna, que más influyó en la sociedad y más ayudó a la tan deseada reforma del mundo cristiano¹⁰.

Los colegios no son un ministerio entre otros muchos, sino una supercategoría, como los *consueta ministeria*. Una vez que los jesuitas adoptaron este ministerio, no titubearon. Ignacio estaba dispuesto a hacer enormes ajustes para acomodar este nuevo ministerio y para enfrentarse con los

⁸ O'MALLEY, J.W., *o.c.*, pp. 140-141.

⁹ O'MALLEY, J.W., *o.c.*, pp. 117-120.

¹⁰ ALDEA, Q. «La universidad del tiempo de Ignacio de Loyola y la de hoy». Planteamiento del tema. en: ALDEA, Q. (Ed.) *Ignacio de Loyola en la gran crisis del siglo XVI*. Bilbao 1993. p. 335.

muchos problemas y frustraciones que ocasionaba. Deseaban inculcar en otros el saber relacionado con la piedad que encarnaban.

Los tiempos, lugares y personas fueron siempre los criterios básicos de las acciones de Ignacio de Loyola, sus principios para la selección de ministerios. El bien cuanto más universal es más divino. El papa Pablo III le retransmite la petición del Duque de Baviera Guillermo IV de enviarle algunos profesores de Teología, para que elevasen el nivel de estudios de la Universidad de Ingolstadt. No dudó Ignacio en enviarle a los mejores teólogos que entonces tenía a su disposición: Salmeron, Canisio y Jayo. Estaba de por medio un centro docente para la restauración católica de Alemania. En aquella edad sacral, no secularizada, el tipo humano y, por tanto, el profesional que se pretendía formar en la Universidad era o debía ser un profesional cristiano y a esto se debía subordinar la docencia de todas las Facultades sobre todo la de Teología, que era la reina de todas las Facultades. Esto era lo que reclamaba el espíritu de aquel tiempo. Esto era lo que exigía la cultura, la sociedad de entonces¹¹.

El tratamiento sistemático en los documentos oficiales de la Orden acerca de los colegios y universidades aparece en la Parte cuarta de las Constituciones. En el colegio romano y otras universidades, la teología se consideraba la cúspide del programa. Introducen el *modus parisiense* haciendo sus colegios distintos y atractivos. Veían en este modo una pedagogía activa que permitía el progreso de los estudiantes¹².

Los jesuitas postulaban la compatibilidad entre una formación en humanidades por una parte, y la filosofía-ciencia aristotélica y la teología tomista por otra, una compatibilidad vagamente bosquejada en las Reglas para sentir con la Iglesia de los Ejercicios. Ponían en práctica un programa religioso claro, coherente y fundamentalmente simple, adaptable a estudiantes de diferentes edades y orígenes, un programa que en principio buscaba conducir al estudiante, más allá de las prácticas piadosas a una asimilación interior de los valores éticos y religiosos¹³.

Una premisa básica de la tradición humanista del Renacimiento era que la inspiración religiosa y moral se podía encontrar aun entre autores paganos. Los jesuitas suscribieron esta premisa relacionada, en líneas generales, con la tendencia de la teología tomista a encontrar la mayor armonía posible entre naturaleza y gracia, un tema también de las Constituciones de la Compañía¹⁴. Aunque, en su compromiso con la cultura

¹¹ ALDEA, Q., *o.c.*, p. 341.

¹² O'MALLEY, J.W., *o.c.*, pp. 249-274.

¹³ O'MALLEY, J.W., *o.c.*, pp. 279-280.

¹⁴ O'MALLEY, J.W., *o.c.*, p. 298.

secular, los jesuitas no dejaron de ser críticos, en general tendieron a recibirla con los brazos abiertos. Trataron los colegios como si fuera un ministerio más, aunque especialmente importante, añadido a una ya larga lista de ministerios. No llegaron a captar que aquel ministerio poseía un dinamismo intrínseco, que cambiaría a la organización misma que lo estaba emprendiendo.

Los jesuitas sólo enseñaban la teología en las universidades. Consideraban su teología como mística frente a la especulativa. Lo de mística se refiere a una comprensión interior y un gustar la verdad traducido en la propia vida¹⁵. La teología jesuítica será tildada de moralizante, y era por el interés de Ignacio en que los confesores tengan buenos libros para prepararse para este ministerio, para él un ministerio de consolación. Por eso han desarrollado casi siempre una teología muy práctica. Lo que no ha supuesto que haya dejado de haber grandes teólogos sistemáticos dentro de la Compañía¹⁶.

El memorial de Fabro contiene claramente rasgos ockamistas, que de hecho apoyaban el énfasis de los jesuitas en la primacía de la experiencia religiosa. Laínez en sus primeras lecciones de la universidad de Roma comenta un texto de Gabriel Biel, nominalista. En las discusiones de Trento sobre la justificación, los jesuitas estarán más cerca de la explicación nominalista de la relación de la gracia de la potencia absoluta y potencia ordinata de Dios, que de la posición de Tomás de Aquino. A pesar de ello los jesuitas escogen a Tomás de Aquino como su autor preferido para la doctrina escolástica, decisión que Ignacio entronizó en las Constituciones, pero eso no les impide ser libres¹⁷. El ministerio espiritual es eficaz no por el esfuerzo humano, sino por el poder de Dios. No es el ministro el que lo hace, sino en él y a través de él es Cristo quien lo hace. Es un tema de las Constituciones, en el ministerio el jesuita no es sino un instrumento en las manos de Dios. Erasmo critica a la escolástica su ruptura con la tradición de la patrística primitiva y de la tradición monástica, con una distinción funesta entre teología y espiritualidad y ministerio. Critican los jesuitas a los que reducen la teología a especulación. Nuestro modo de proceder para Nadal lo reduce a la tríada de obrar en el Espíritu, de corazón y en la práctica. Obrar en el Espíritu es referir todas las cosas a Dios y a la divina gracia. Obrar de corazón significaba poner todo el sentimiento del corazón en la actividad que se está haciendo y nunca obrar de una manera puramente especulativa. Obrar en la práctica significaba que la afectividad del

¹⁵ O'MALLEY, J.W., *o.c.*, p. 299.

¹⁶ O'MALLEY, J.W., *o.c.*, pp. 182-186.

¹⁷ O'MALLEY, J.W., *o.c.*, pp. 304-311.

jesuita no era como la de un contemplativo, sino que se dirigía a ayudar a otros, obrar pastoralmente. La teología mística expresaba un aspecto central del modo de proceder de los jesuitas. Los jesuitas se sentían a gusto con la teología negativa, con una ignorancia ilustrada. La teología mística es cosa del corazón, no del cerebro.

LA TEOLOGÍA Y LA REDEFINICIÓN DE LA MISIÓN EN LA UNIVERSIDAD

Explicar el papel de la teología en una universidad jesuita no es fácil en el presente. La teología, hace ya tiempo, que ni es el centro ni el saber principal de una universidad jesuita¹⁸. De todas formas la teología tiene una función y juega un papel en las universidades jesuitas. Sobre todo juega un papel central en la redefinición de la misión de la Compañía en el mundo universitario. Para desarrollar esta reflexión me baso como fundamento en la aportación que sobre el mundo universitario ha realizado el P. Kolvenbach, 29º superior general de la Compañía de Jesús (1983-2008). Su aportación es importante, ya que ha sido el último general de la Compañía con una sólida experiencia en el mundo universitario, un intelectual que ha ejercido las tareas de gobierno académico en diversas instituciones universitarias, y 25 años como prepósito general. Sus aportaciones provienen de numerosos discursos, que han sido seleccionados e introducidos por el P. Melecio Agúndez SJ en la obra Kolvenbach, P.-H., *Discursos universitarios*¹⁹.

La teología juega un papel importante en la consideración de las universidades como una obra apostólica dentro de la Compañía de Jesús. La universidad jesuita es en primer lugar una universidad, con los objetivos propios de estas instituciones educativas, pero es una universidad católica y jesuita, es decir, para la Compañía es una mediación apostólica. Asegurar y definir el componente apostólico de una universidad necesita de una sólida teología. Veamos qué quiere decir esto en el pensamiento de Kolvenbach. La Compañía de Jesús, como hemos visto, aunque nace de un grupo de universitarios, no incluye entre sus objetivos primeros el campo de la enseñanza²⁰. La opción originaria de la Compañía no es educativa sino misional. Más tarde la educación se convierte en prioridad apostólica.

¹⁸ No es así en las universidades que se limitan a impartir títulos eclesiásticos.

¹⁹ KOLVENBACH, P.-H., *Discursos universitarios*, Madrid 2008.

²⁰ KOLVENBACH, P.-H., *o.c.*, pp. 11. 31. 35-36. 190. 193-194. 197-199. 211.

El carisma fundacional de la Compañía contiene la pasión de Ignacio de Loyola por ayudar a la gente: más, mejor, con un mayor servicio. Ignacio y los primeros compañeros comprenden pronto que colegios y universidades pueden ser y son un instrumento para «el mayor servicio» y, así, cambió el rumbo inicial de la Compañía.

En la Compañía ninguna opción apostólica es un fin en sí misma. Sea en el campo educativo, en el social o en el pastoral, todas las opciones apostólicas de la Compañía son relativas, el único valor absoluto es el carisma original: la experiencia espiritual fundacional lleva a opciones incesantemente renovadas. Así queda situada la universidad en su genuino horizonte. Ignacio no se sintió infiel a sí mismo por terminar primando en la práctica la opción educativa sobre la opción misional, ya que ambas incorporaban fielmente su impulso originario. Es verdad que en un principio la primera Compañía fue en cierto sentido anti-intelectual, pero luego vieron en la educación un instrumento apostólico para ayudar a las almas. Además les era conveniente poseer títulos universitarios para acreditar su preparación. Los «presbíteros de Cristo libremente pobres», como son reconocidos los primeros compañeros, habían optado por un ministerio letrado. La razón por la que la Compañía abraza Colegios y Universidades es para procurar el edificio de letras y el modo de usar de ellas, para ayudar a más conocer y servir a Dios, nuestro Cristo y Señor. El giro producido en la Compañía con su opción por la enseñanza como una opción apostólica, produjo una tensión de prioridades y cambios hondos en la vida de la Compañía. Se puede comparar con los cambios que ha suscitado más recientemente la opción por la justicia que brota de la fe. La faz de la antigua Compañía cambió con esta nueva opción apostólica²¹. Si hubo un cambio de paradigma desde la opción misional a la opción educativa, luego lo ha habido por la opción apostólica del servicio a la fe y la promoción de la justicia. Quizás en los ámbitos territoriales de Occidente se acerca un nuevo cambio de paradigma, el servicio a la fe en una cultura en que se experimenta un malestar religioso, en donde anteriormente la fe se presuponía, pero donde hoy se presenta gravemente herida. Un nuevo contexto en que se ha de aprender de nuevo a vivir de la fe. Un nuevo paradigma se nos va haciendo presente dentro de la Orden. Y para ir definiendo los contornos de este nuevo desafío y la formulación de la nueva dimensión apostólica, la teología ha de jugar un papel fundamental.

²¹ EGIDO, T. (Coord.) *Los jesuitas en España y en el mundo hispánico*, Madrid 2004. pp. 107-113.

La Compañía tras el Concilio Vaticano II redefine su misión apostólica. Sigue atribuyendo a la universidad un lugar privilegiado, enmarcado en una serie de condiciones: que su múltiple quehacer universitario (docencia/aprendizaje, investigación, proyección sobre el entorno social...) se mantenga unido a la misión Eclesial que está en su meta, y a la Espiritualidad ignaciana que está en su raíz; en segundo lugar, que su enfoque y orientación encajen en las políticas y estrategias que constituyen el actual Proyecto Apostólico de la Compañía. Para desarrollar estos principios programáticos la compañía se ha de servir de la teología, tanto para definir la vinculación eclesial de su misión como para desarrollar su raíz espiritual.

Una universidad tiene sus propias finalidades que no deben ser subordinadas a otros objetivos, pero una universidad de la Compañía persigue otros objetivos, más allá de los propios de la universidad²². Todo el proceso universitario se desarrolla según el modo de proceder de la Compañía en este campo, un modo de proceder que configura la peculiar pedagogía, entre los que destaca la atención personalizada. Debemos preguntarnos cómo hacer que nuestro apostolado lo ejercitemos de forma que influya de la mejor manera en el presente. Y de nuevo aquí el papel de la teología se nos presenta como ineludible.

El posconcilio estuvo acompañado de maridajes dentro de la vida eclesial y de las órdenes religiosas. Dentro de la Compañía se cuestionó la misión en el mundo universitario. El P. Kolvenbach en sus 25 años de gobierno ha sabido conducir a la Compañía desde resabios antiuniversitarios y antiintelectuales a la aceptación generalizada de la universidad como privilegiado instrumento cultural y apostólico, desde destemplanzas profesionalizantes a la preocupación ampliamente compartida por la Identidad y Misión de las instituciones. Algunos no veían claro el compromiso de la Compañía en su apostolado de la enseñanza superior. Hoy ha disminuido la tensión y el malestar agravados por la desafección de los jóvenes con respecto a la educación y las universidades. Esto ha permitido realizar una profunda reflexión interna sobre su propia Identidad y Misión, lo que permite un discurso menos polémico y más pragmático, más maduro²³.

Esta realidad no supone conformarse con una presencia residual de la teología en el ámbito universitario. La teología tiene que hacer su aportación propia. No reducirse a ser meramente ciencias religiosas, o un barniz religioso en las universidades confesionales. Hoy, con el surgimiento de la preocupación por la Identidad y Misión, tenemos el peligro de reducir la

²² KOLVENBACH, P.-H., *o.c.*, pp. 5-6. 31-32. 59.

²³ KOLVENBACH, P.-H., *o.c.*, pp. 7. 55. 190.

teología a un mero barniz religioso, se ha convertido la Identidad y Misión en un aparato autorreferencial, que organiza actividades y desarrolla un espacio ocupacional. Pero no aborda con seriedad y rigor las cuestiones del malestar religioso dominante. La facultad o departamento de teología tampoco se debe convertir en una institución para asegurar unos puestos de trabajo y unos espacios de poder dentro de la universidad. Si la teología se desentiende de estudiar la realidad religiosa de sus alumnos y profesorado, así como de buscar modos adecuados de evangelización y de vivir la fe, de desarrollar la siempre difícil relación entre la fe y la cultura, entonces la teología traiciona su propia vocación, reflexionar sobre la fe que realmente se vive. La investigación en el ámbito teológico debe centrarse en la evangelización y el apostolado intelectual. La universidad católica y jesuita no es una obra pastoral, ni de primera evangelización. Sino que es una obra apostólica que debe ayudar a buscar las condiciones para vivir la fe en la era secular²⁴.

La misión que ha articulado el apostolado de la Compañía en estos últimos 40 años ha sido, como ya hemos indicado, el servicio a la fe que obra la justicia. Un lugar privilegiado para el desarrollo de esta misión es la universidad por su objetivo de formar hombres y mujeres para los demás, por su capacidad de transmitir valores evangélicos y por la perspectiva que ofrece para garantizar la docencia y la investigación. Juan Pablo II hará suya la opción por los pobres de la Iglesia. Así actuó Cristo, los apóstoles, la Iglesia. Opción fundamentada en la Palabra de Dios²⁵. No consiste en reducir el Evangelio a lo social, sino recibir de la Iglesia el don de la verdad entera sobre los hombres y de la presencia del Viviente en su historia. A esto ha de responder la Compañía. El P. Arrupe nos habla de formar hombres y mujeres para los demás, a imitación de Cristo, el hombre para los demás. Todas las ciencias humanistas y sociales saben que los valores que transmiten depende del concepto de persona ideal que utilizan como punto de partida. Aquí es donde la promoción de la justicia en nombre del evangelio puede hacerse tangible y transparente, lo que debe inspirar al filósofo, al jurista y sobre todo al teólogo. Educar a todos desde el amor preferencial a los pobres, que los jóvenes tengan la oportunidad de conocer y de creer en el amor especial de Cristo por los pobres.

La definición de la misión en la Compañía desde el binomio fe-justicia ha llevado a un proceso de reconfiguración de la propia Compañía,

²⁴ TAYLOR, C., *A Secular Age*. Cambridge 2007. (Traducción en castellano: *La Era Secular. Tomo I*. Barcelona 2014.)

²⁵ KOLVENBACH, P.-H., *o.c.*, pp. 11. 13. 32. 34. 38-39. 55. 57-58. 75. 83. 92. 95. 169-170. 181. 203-204.

ha suscitado debates. Su implementación, en algunas ocasiones, ha ido acompañado de ambigüedades, indefiniciones y extremismos. Se querían evitar los espiritualismos desencarnados, pero también los activismos secularizantes. La indefinición de la fe, el servicio, la promoción, la justicia, quedan envueltos en una ambigüedad que favorece la radicalidad de la fórmula. La relación entre el servicio de la fe y la promoción de la justicia queda indeterminada. Existe el peligro de reducir la formulación a un eslogan ambiguo: lo que suscita interpretaciones unilaterales y posturas enfrentadas. Sobre todo esto se suscitó un debate en el modo de participar en el campo de la enseñanza. Pero hoy el valor del apostolado de la educación es reconocido de forma generalizada.

La injusticia es un problema espiritual, por eso se requiere conversión personal y conversión cultural-social, es el reto de la universidad. El servicio de la fe ha de integrar la promoción de la justicia, el factor integrador de todos los ministerios. Pero esto ha suscitado situaciones problemáticas. De un lado la dimensión de la fe se daba por supuesta y quedaba implícita, como si nuestra identidad de jesuitas fuera suficiente. Otros se lanzaban a la promoción de la justicia sin mucho análisis o reflexión y con referencias solo ocasionales a la justicia del Evangelio. Parecía que se relegaba a morir el servicio a la fe, y otros se aferraban a un estilo de fe y de Iglesia espiritualista, del mundo futuro, y sin obligación en la reconciliación presente. El Señor nos ha enseñado pacientemente a la integración de servir a la fe que obra la justicia. No siempre hemos tenido en cuenta que teníamos que realizar la justicia social a la luz de la justicia evangélica, que es un sacramento del amor y la misericordia de Dios.

Hemos indicado que en la raíz de este trabajo apostólico se asienta la espiritualidad ignaciana que lo inspira. No se trata de dar meramente un barniz, sino que esta espiritualidad es nuestro mejor servicio en la universidad. No es que el jesuita haya de trabajar solo en lo social o en lo espiritual. Su actitud espiritual debe ser reflejo de la actitud de la Iglesia que no tiene un programa concreto en el campo político, económico o social. Su finalidad es exclusivamente religiosa, su interés es el desarrollo en plenitud de la vida humana, el anuncio del misterio de la salvación para que todas las cosas puedan ser recapituladas en Cristo, compartiendo las tristezas y angustias y ansiedades de los discípulos de Cristo. El Concilio Vaticano II nos invita a contemplar la humanidad como nos enseñó Ignacio a hacerlo en los Ejercicios Espirituales. Y la Compañía persevera en el servicio a los hombres y mujeres en sus tristezas y angustias²⁶. Estas son

²⁶ KOLVENBACH, P.-H., *o.c.*, pp. 12. 37-38. 55. 75. 208-209. 260.

básicamente espirituales, pero siempre incluyen también una dimensión material. Nuestra labor apostólica debe de ayudar a los hombres a ser más auténticamente humanos, en la plenitud de la dignidad humana: activos participantes en la construcción de un mundo mejor. Es preciso, por tanto, que nuestro trabajo docente permanezca siempre unido a la espiritualidad ignaciana que lo inspira. Tener la disposición a compartir nuestra fe y amor en Cristo con los otros. Se plasma esta actitud en una espiritualidad de colaboración: con-formación a la espiritualidad ignaciana y al carisma ignaciano que es la viviente misión jesuítica en el centro universitario. La finalidad de nuestras universidades está anclada en la visión de Ignacio.

La acción universitaria se asienta sobre una visión de la realidad y del hombre, que en las universidades jesuitas, son profundamente cristianas. La idea de universidad es la realización integral del hombre. La universidad como universal del saber vive de una pre-ocupación humanista. El humanismo es la respuesta de una fe (laica o religiosa) a los desafíos socioculturales de la época. El humanismo cristiano ha sido el objetivo de la educación jesuítica desde sus orígenes en el siglo XVI. En el humanismo jesuítico, la fe brota de la visión cristiana de la persona, pasada por la experiencia espiritual de Ignacio; los desafíos varían en cada época: respuestas específicas configuran humanismos específicos. En el Renacimiento el humanismo clásico con la exaltación del hombre y la vida, y la espiritualidad que recoge el guante de este desafío es la visión de la relación Dios-mundo basada en la Contemplación para alcanzar amor; la contemplación que cierra los Ejercicios Espirituales. Aquí hay un optimismo antropológico, la fe en Dios y la afirmación de todo lo que es verdaderamente humano son inseparables, de ahí la posibilidad de un modo cristiano de vivir el ser hombre-mujer, en consonancia con el optimismo antropológico-cultural del Renacimiento²⁷. Hoy el reto sociocultural es la barbarie de un mundo roto en pedazos, cargado de sufrimiento humano. La espiritualidad que responde a este reto es que no hay compromiso con Dios (fe) sin compromiso con el hombre (justicia). Una comprometida compasión ilustrada. Un modo cristiano de ser humano en sintonía con la in-cultura actual. Para esta compasión ilustrada educa la educación jesuítica.

La identidad de la universidad católica nace del corazón de la Iglesia, misión imprescindible, insustituible, cada vez más urgente y necesaria, empleamos nuestra vida para algo trascendental. La universidad católica se concibe como una integración del saber, el diálogo fe-razón, la preocupación ética y consideración moral, espiritual y religiosa de los problemas.

²⁷ KOLVENBACH, P.-H., *o.c.*, pp. 15. 124-127.

La perspectiva teológica supone la misión de buscar la verdad por medio de la formación de la persona integral, madura en lo personal y comprometida socialmente con la Iglesia y la sociedad. La universidad católica realiza una contribución al progreso cultural mediante el diálogo. Se respeta la autonomía y libertad de la universidad, pero manteniendo su vinculación eclesial, al reconocer el magisterio eclesial y mantener su fidelidad al mensaje cristiano. Tenemos el reto de transparentar el evangelio de forma evidente en nuestras universidades²⁸.

Las universidades jesuitas, fieles a la tradición, han de servir a la Iglesia en su misión de evangelizar el mundo. Crear lo universal del saber, la catolicidad. Este universal está inacabado sin el conocimiento del misterio de la Encarnación humanizadora de Dios en Cristo y divinizadora del hombre por el don del Espíritu. Esta transfiguración que continúa entre nosotros salva al hombre como integrador de todo saber y de toda conciencia. Es esta transfiguración lo que hace la tarea universitaria una tarea humana y divina y la que anuncia que, a través de la diversidad prodigiosa de las técnicas y de la ultraconfiguración de los saberes, la idea de la universidad, que es la realización integral del hombre, se nos revele como posible.

La universidad jesuita pretende servir a la sociedad mediante una contribución específicamente universitaria y a partir de una visión cristiana de la realidad. Así somos universidad de la Iglesia, al servicio del hombre, de su bien integral, como imagen y semejanza de Dios, y por ello, también a la mayor gloria de Dios. Estamos insertados en una tradición viva. Pretendemos el desarrollo intelectual de los talentos que Dios ha dado a cada estudiante. Pero la finalidad es el desarrollo total de la persona, lo que lleva a la acción, una acción trascendida por el Espíritu de Jesucristo, el Verbo de Dios, el Hombre-para-los-demás. La Identidad es un compromiso institucional que exige fidelidad e inspiración en el mensaje cristiano, fundamenta la necesidad de la calidad universitaria, a la vez que respeta la autonomía institucional y la libertad académica. Nuestra universidad pretende hacer institucionalmente presente en ella el mensaje cristiano, como principio animador e inspirador de toda su actividad. Trabajar con un sentido global de interpretación de los conocimientos, trascendiendo en lo universal la parcialidad de cada una de las disciplinas, sin violentar sus exigencias metodológicas ni caer en un relativismo deformante en búsqueda de la comprensión de significado pleno del hombre, de su cultura y de su historia.

²⁸ KOLVENBACH, P.-H., *o.c.*, pp. 16-17. 39. 42-43. 53-54. 79-81. 99-100. 103-111. 115. 149. 154-155. 158-161. 224. 227-230.

La fe de los que no tienen fe es una situación frecuente en la universidad. Sustituyen a Dios por otros absolutos sin conexión con un orden trascendente que sobrepasa la razón científica. Sin embargo, la comunidad apostólica de una universidad jesuita se ve movida por la fe que nos revela la solicitud de Dios para todo ser y la amplitud de su proyecto de compartir su vida con todos nosotros, cumplir y elevar, ahondar e iluminar nuestra sabiduría de hombres, para guiar nuestras elecciones hacia la realización del diseño de amor de Dios sobre el universo. Las verdades fundamentales y los valores morales que la universidad católica debe testimoniar no se han de esconder, sino deben iluminar. No nos avergoncemos del evangelio. Los valores católicos en la universidad no disminuyen para nada el peso y el fundamento de una universidad que fundamenta su razón de ser en la fe católica en unión con la Iglesia. Hay una fuerte tendencia secularizante que relega todo lo que es religioso al dominio de la vida privada de la gente. Una especialización llevada al extremo con su lógica funcional y comercial, fragmenta el saber, cuando la universidad debe mantener todos esos saberes en un saber humano universal. La misión católica de una universidad recuerda que un conocimiento no es verdaderamente neutro, implica unos valores y una concepción particular del ser humano: la concepción que el mismo Creador y Salvador ha revelado para el bien de la humanidad y la salvación del mundo. Esto lejos de debilitar o impedir el rigor académico y el nivel de búsqueda intelectual, la responsabilidad de una universidad por el hecho de ser católica, la sitúa en una vocación que es propiamente la suya, la búsqueda de la verdad y del conocimiento en su integridad. Lo de jesuita señala el modo y el espíritu con que se lleva adelante el proyecto.

La función de una universidad de inspiración cristiana es realizar un proyecto cristiano de hombre, a partir de un diálogo vivo y continuo con el humanismo y la cultura técnica. Esta función cultural exige un replanteamiento de la misión integral de la universidad. Hemos heredado una frialdad de los años sesenta y setenta del siglo pasado, resaltando únicamente la excelencia académica, esto no es suficiente. Lo que queremos lograr con nuestra enseñanza como jesuitas está en oposición con muchos aspectos de la cultura contemporánea. Nuestro apostolado es hoy más difícil y más decisivo para abrir las mentes y los corazones de la juventud a la fe, la justicia y el amor. Ayudar a integrar la fe con el fin de transformar las realidades culturales. La misión de la universidad jesuita es eclesial, con unos valores abiertos a la trascendencia. La finalidad del jesuita en la universidad es religiosa, su interés en el desarrollo en plenitud de la vida humana, el anuncio del misterio de la salvación para que todas las cosas puedan

ser recapituladas en Cristo compartiendo las tristezas y las angustias y ansiedades de los discípulos de Cristo. Transmitir los valores evangélicos y el hallazgo de una orientación de vida evangélica que son la marca de la universidad católica²⁹. La misión es apostólica. La enseñanza y la investigación no son concebibles sin esta coherencia de los saberes en la realidad misma del hombre y la idea central de hombre que sólo es definible por referencia al misterio del Hombre-Jesús. La visión ignaciana del mundo es positiva, lo abarca totalmente, pone el énfasis en la libertad, se plantea la realidad del pecado personal y social, pero hace resaltar el amor de Dios como algo más fuerte que la fuerza humana y el mal; es altruista, potencia la esencial necesidad del discernimiento y ofrece un amplio campo a la inteligencia y a la afectividad en la formación de líderes. Ser hombres y mujeres del Espíritu. Hoy es muy difícil en el mundo desarrollado ver más allá del individualismo, el hedonismo, la increencia y sus efectos.

¿Cómo comunicar los valores evangélicos a fin de formar las mentes y corazones de nuestros estudiantes? El P. Kolvenbach subraya la importancia de trabajar con los estudiantes y alumnos, no reducirse a evangelizar al personal empleado en la universidad. Se habla de un modelo universitario propuesto por el jesuita Ledesma con el complemento de su actualización por el P. Kolvenbach. El modelo Ledesma-Kolvenbach asume lo tradicional de la vida universitaria: Utilitas, Iustitia, Humanitas, Fides. La fides trata de la razón de orden escatológico. La universidad para Ledesma debe ser baluarte de la religión, guiar al hombre con más seguridad y facilidad hacia la realización de su fin último³⁰. El modelo que presentaba Ledesma se ha quebrado, debido a la autonomía de los saberes frente a la teología y el alejamiento de ciencias humanas y naturales. La re-unificación es un reto ineludible para toda universidad de inspiración cristiana. La separación orgánica de la Teología y las Ciencias ha dado origen a una historia de desencuentros y conflictos entre la Razón y la Fe. Hoy hay un clima cultural más favorable, es más posible el encuentro por el diálogo, aunque persisten imaginarios culturales muy ideologizados. Pero hay una confianza en la razón y la actividad intelectual, que no se oponen a la fe. El enfoque holístico integral de la actividad intelectual de una universidad es típicamente católica.

La universidad no es una institución pastoral, sino que es un instrumento de evangelización, pero no hay incompatibilidad con la inspiración ignaciana y cristiana de toda institución apostólica de la Compañía. Con

²⁹ KOLVENBACH, P.-H., *o.c.*, pp. 17-22. 29-30. 37. 40-41. 45. 55. 59. 61. 66-73. 84-87. 100. 113-114. 170. 186-187. 190-191. 201-203. 210. 225. 259.

³⁰ KOLVENBACH, P.-H., *o.c.*, pp. 24-26. 60-61. 87. 236-237. 252-254.

la secularización la identidad ha pasado a primer plano, pero sigue siendo un reto hoy. Es la universidad jesuita la que debe proponer y defender la fe cristiana. La piedra angular es una persona. Para esta misión se necesitan constantemente nuevas estructuras en la universidad. Las que han surgido alrededor de la Identidad y Misión ya hemos indicado anteriormente que tienen el peligro de ser oficinas de empleo, o estar en manos de gerentes de poca competencia ante el desafío que se nos presenta. La teología, dentro de esta misión, ha de contener una comprensión de la auténtica investigación teológica, de pruebas y argumentos sólidos. No podemos caer en la banalización de las modas de relativizar toda verdad y bloquear toda la tradición. Ni un confesionalismo acrítico ni un laicismo dogmático. Este último ha dominado hasta que Habermas ha declarado la era del postsecularismo, con lo que los planteamientos laicistas quedan obsoletos aunque estén vigentes en algunas de las universidades jesuitas, fomentado la secularización interna, asignatura pendiente en muchas de nuestras instituciones. La cuestión de abordar de forma competente la cuestión de la Identidad y Misión de la universidad cristiana está muy en sus inicios. Hay mucho trabajo por hacer.

El papel de la teología en la universidad jesuita viene sintetizado por su vinculación eclesial (formar parte de la misión de la Iglesia) y el estar alentada por la espiritualidad ignaciana. Desarrollar la visión del mundo, y del hombre, desde el misterio de Jesucristo es el gran desafío que tiene hoy la teología en el ámbito universitario. La formulación de tener como visión última el misterio de la encarnación y de la pascua de Jesucristo está muy claro. Pero hay una gran confusión en cómo opera dicha experiencia cristiana en la vida universitaria de hoy. Por lo tanto la teología ha de acompañar la elaboración de la identidad y misión de una universidad jesuita de hoy. Esto se realiza en un mundo complejo, secularizado, donde se está dando una gran mutación de lo religioso. Además vivimos una crisis para poder expresar las cuestiones profundas del ser humano, aquello propiamente religioso, se da un bloqueo gramatical profundo³¹.

RETOS ACTUALES PARA LA TEOLOGÍA

Aparte de poder definir el papel de la teología en la universidad jesuita desde la configuración de la misión, también se nos presentan los nuevos

³¹ DUCH, L., *Un extraño en nuestra casa*. Barcelona 2007.

desafíos para la misma teología en el presente, y que tienen su lugar de elaboración también en la universidad. Me refiero en primer lugar cómo formular y vivir hoy la tradición religiosa. La vida de fe se asienta en la experiencia de una tradición viva. Es uno de los grandes desafíos en el presente³². En segundo lugar el reflexionar acerca de las condiciones de fe en la sociedad secularizada. Es urgente abordar la situación de secularización interna en las instituciones cristianas. Problema difícil pero ineludible. En tercer lugar la inculturación sigue siendo un desafío de siempre. Se trata del doble movimiento de traducir la experiencia cristiana testimoniada en el Evangelio, al lenguaje de cada cultura, y así impregnar esa cultura con el Espíritu de Jesucristo³³. Aquí entra el diálogo con las ciencias, con la vida cotidiana, con otras religiones, etc. Y por último el repensar de nuevo, la relación fe-mundo, el mundo de la política, de lo público, pero también de los imaginarios sociales compartidos.

Dentro de la vida de fe experimentada como una tradición viva se suscitan muchas cuestiones. Sólo apunto algunas de ellas. Cómo mantener viva una tradición en una sociedad que rechaza las tradiciones. También cómo inculcar la imaginación y creatividad que se suscita en el uso de la Biblia. Se ha dado un gran avance en el mundo de la exégesis y de la historia de los orígenes, pero falta por desarrollar el paso de ayudar a una personalización del creyente con el uso de la Biblia. Una tercera cuestión que surge dentro de la tradición cristiana es el conformar nuestra experiencia de fe desde la vivencia de la Gracia, el don y la gratuidad. Existe la propuesta de desarrollar una pedagogía de la gracia, que cultiva una orientación hacia alguien trascendente, o al menos invita a una orientación trascendental. Una pedagogía de la gracia se basa en las dinámicas de estudio y solidaridad que facilitan una apertura a dimensiones inusuales de revelación y significación. Esta pedagogía de la gracia representa lo que no está planificado, o no está preparado, lo sorprendente. Es una pedagogía que cultiva una apertura en los estudiantes con los momentos inexplicables de asombro, temor, inspiración, gratitud, consolación o confirmación³⁴. Esta pedagogía de la gracia que es uno de los tipos de pedagogía de plenitud, representa la posibilidad de una relación, una apertura a una fuente que está más allá de

³² DUCH, L., *Religión y mundo moderno. Introducción al estudio de los fenómenos religiosos*. Madrid 1995.

³³ KOLVENBACH, P.-H., *o.c.*, pp. 57. 65-66. 83. 88. 90. 96. 101. 113-114. 116-122. 125. 131-133. 135. 137. 139. 143. 150-153. 155-157. 164-167. 175. 177-179. 182-184. 188-189. 195-197. 229. 232-235. 237-249. 257. 262.

³⁴ HENDRICKSON, D.S., *The Jesuit Imaginary: Higher Education in a Secular Age*. New York 2012.

nosotros mismos, para lo que es bueno para nuestra vida. Esta pedagogía se resiste a expresiones exageradas de autonomía, individualidad y relevancia, la pedagogía de la gracia nutre dimensiones de apertura a lo largo de líneas de búsqueda y experiencia. Esta pedagogía de la gracia se puede reconocer por su capacidad para resistir a las trampas de la fragmentación, la superficialidad y la racionalidad estridente. Este tipo de pedagogía facilita las condiciones del creer en una era secular. Las pedagogías de plenitud, la de la gracia, junto con la del estudio y la de la solidaridad permiten imaginar modos de vida más relacionales.

Una universidad católica lleva a cabo la relación intrínseca entre la cultura y el evangelio en las diferentes formas en que es universidad³⁵: en la investigación, instrucción y conversación que dan una expresión peculiar a su espíritu; en el servicio y en los símbolos y en la vida comunitaria y en la riqueza de la cultura ecuménica católica; en el crecimiento intelectual de sus estudiantes y profesores. La universidad católica no es una presencia extrínseca de la iglesia, sino que la universidad católica existe para profundizar la unidad entre la fe cristiana y todas las formas de conocimiento. Pero esto está hoy problematizado. Hay una falta de visión en las universidades católicas de hoy. Existe un deseo de evangelizar las culturas y del apostolado intelectual. Pero no está entre las prioridades actuales de la universidad. El apostolado intelectual nos ayuda a descubrir a Dios presente y activo en lo más profundo de la realidad, y a compartir ese descubrimiento. El apostolado intelectual traza un camino de diálogo entre el Evangelio y las culturas, las ciencias y las tradiciones religiosas, y lo hace con su propio lenguaje³⁶.

Las divergencias en el campo teológico que muchas veces se manifiestan como una lucha cultural no es tanto acerca de significados explícitos y de valores, sino que de forma más escondida es un choque de imágenes. Los Ejercicios Espirituales nos ofrecen un cambio de imaginario a través de la gracia de Dios y dicha conversión incluye la lucha. Así podemos comprender nuestra cultura contemporánea no tanto bloqueada para la fe en el nivel de doctrinas o creencias sino en la antecámara de la fe, en el nivel de la disposición y la imaginación. Si la imaginación es el área de la

³⁵ BUCKLEY, M. J., *The Catholic University as Promise and Project. Reflection in a Jesuit Idiom*. Washington, D. C. 2007.

³⁶ NICOLAS, A., "Carta sobre los jesuitas destinados al apostolado intelectual". Roma 2014/9.

vulnerabilidad o des-afección de la fe, la imaginación también puede ser la zona de sanación para nuevas posibilidades³⁷.

En nuestras universidades la educación debe preparar para una profesión a nuestros alumnos, pero esto no es suficiente. La educación en la universidad jesuita debe servir para una educación plenamente humana, que prepare para la justicia y que permita a cada uno de nuestros alumnos a cumplir su vocación cristiana. Necesitamos preparar a nuestros alumnos en la fe. La formación de la Compañía de Jesús respeta la libertad religiosa como un valor y acepta el pluralismo religioso como un hecho pero está orientada a hacer posible que la persona humana pueda descubrir su destino último en Dios y a que responda de forma generosa a la llamada de seguir a su Hijo. Todas las universidades buscan formar competentes profesionales, ciudadanos honestos y personas justas. Pero no todas pretenden fortalecer a creyentes. Es precisamente la dimensión de la apertura al misterio de Dios lo que sería más nuestro papel en la Academia.

Más en concreto, el apostolado intelectual y educativo en la Compañía no es un fin en sí mismo, sino un medio para un bien más universal, al servicio de la fe y la promoción de la justicia³⁸. Las universidades jesuitas han de ayudar a los estudiantes a descubrir su vocación, especialmente la de amar y servir. Las letras sin espíritu no construyen la humanidad, ni reflejan el rostro de Dios, ni cuidan cuidadosamente la tierra. El Espíritu sin letras no logra penetrar la dinámica del mundo, ni sus leyes internas, que son descifradas por las ciencias y por la razón, ni se responsabiliza de él. El servicio es una clave particularmente relevante en una sociedad y una cultura como la nuestra centrada en el yo, en el ego y la competencia.

El lugar, el papel y la identidad de la educación jesuítica en la sociedad ha sido una continua fuente de debates e investigaciones. Al final del siglo XX parece que la búsqueda de significado ha tomado una gran urgencia en tanto que la influencia del mundo secular ha sido más evidente. Hoy las universidades jesuitas intentan dilucidar su identidad. La dimensión religiosa dio significado e identidad al programa educativo de la Compañía de Jesús. Una de las principales tareas del educador para Ignacio fue la vinculación de los estudios con el conocimiento y el amor de Dios y la salvación de la propia alma. En esta tarea era de vital importancia la teología. La formación de la persona inspirada por la visión cristiana, que se centraba en Dios y la salvación, que permitía la renovación interna de las personas y que influiría en un liderazgo social. Las escuelas jesuitas coincidían en

³⁷ BRENANN, F., (Ed.), *Shaping the Future. Networking Jesuit Higher Education for a Globalizing World*. Washington, D. C., 2011.

³⁸ TROLIO, S., (Ed.), *Identidad ignaciana y Universidad*, Caracas 2007.

mucho con las escuelas renacentistas. Pero lo propio de las jesuitas es que su última motivación es Dios y su mayor gloria. La educación jesuítica en sus orígenes disfrutó de una relación simbiótica con el secularismo³⁹. Y por eso son tan actuales. Hoy los centros jesuitas de educación se han adaptado a los lugares, tiempos y personas. Pero la crisis de la segunda mitad del siglo XX ha cuestionado la identidad jesuita. Las instituciones jesuitas tienen que aportar una dimensión espiritual y moral a un mundo dominado por los valores seculares. Se debe ser contracultural con el mundo desde la genuina visión cristiano-católica. La identidad y lo propio de la institución jesuítica como en el siglo XVI ha de descansar en su herencia espiritual. Ignacio utilizó la educación como un medio para un fin religioso. Hoy el fin es el mismo.

Para la misión presente de la Compañía, el papel de la teología en el servicio de la fe y la promoción de la justicia en una universidad jesuita supone volver a valorar tres elementos de la visión ignaciana: 1) La inspiración fundacional de la misión educativa jesuítica enraizada en la visión de Ignacio para toda la Compañía, 2) la naturaleza y el propósito de la universidad jesuita y 3) la naturaleza y el papel de la teología en la universidad jesuita. En la historia, la teología era la sabiduría arquitectónica del currículum, no era una disciplina particular.

El debate de estas cuestiones dentro de la Orden es una cuestión abierta. No tanto ya como debate ideológico o estratégico, sino más bien dentro del camino del discernimiento de espíritus y de la lectura de los signos de los tiempos. Sin duda que el papel de la teología en una universidad jesuita supone, en algunos momentos, una gran ayuda, una luz que nos ayuda a caminar. Pero en otros momentos se nos presenta como un elemento que incomoda y que no se sabe cómo abordar. El futuro por lo tanto es apasionante, difícil y abierto.

³⁹ CHAPPLE, C., *The Jesuit Tradition in Education and Missions*. London 1993.